



*Infancia* de  
**Nathalie  
Sarraute**

UNA AUTOBIOGRAFÍA LATERAL

DIEGO VECCHIO

La obra de Nathalie Sarraute fue escrita durante lo que ella misma nombró en un célebre ensayo la era de la sospecha o la era del recelo, dos términos que no logran traducir cabalmente lo que el francés dice con una sola expresión: *l'ère du soupçon*. Sospecha ante el personaje y la trama, recelo contra la novela concebida como una trama donde viven y actúan un grupo de personajes. Desconfiar no deja de ser aquí una manera de reverenciar. La fórmula viene directamente de Stendhal, quien escribió en algún lado "El genio de la sospecha vino al mundo".

Al principio, fueron los *Tropismos*. Es decir: ciertos movimientos de orientación de los vegetales como respuesta a un estímulo exterior (la luz, el calor). Desvirtuando la botánica, Nathalie Sarraute define más precisamente: "Movimientos indefinidos, que se deslizan rápidamente hacia los límites de nuestra conciencia." Y después agrega: "Se desarrollan y se desvanecen sin que podamos percibirlos claramente". O bien: "Gérmenes de nuestros gestos, nuestras palabras, nuestros afectos y sentimientos". Y luego dice: "Se despliegan produciendo verdaderos dramas que se ocultan en las conversaciones más triviales".

En los tropismos, no se trata de reproducir la ola de pensamientos y afectos que atraviesan una conciencia como en el monólogo interior, tal como lo practicó Virginia Woolf. Tampoco se trata de dar libre curso al inconsciente, como en la escritura automática de los surrealistas. Se trata de auscultar los límites de la sensación, ahí donde lo consciente deja de ser conciencia sin ser por lo tanto inconsciente, para describir estos movimientos al borde de lo imperceptible.

Nathalie Sarraute eligió una de las peores fechas del siglo para publicar su primer libro: 1939. Joyce, ya internacionalmente célebre, deploró que los acontecimientos mundiales pudieran distraer la atención de los lectores de *Finnegans Wake*, publicado aquel mismo año. El libro de Sarraute, como era de esperar, pasó totalmente desapercibido. Tuvieron que transcurrir casi veinte años para que *Tropismos* fuera reeditado por las ediciones de *Minuit*. Nathalie Sarraute se transformó entonces en uno de los principales exponentes de lo que fue llamado, para bien y para mal, el *Nouveau Roman*.

Al fin y al cabo, ¿qué característica en común existe entre la escritura de los *Tropismos* y la de *Las gomas* de Robbe-Grillet, *Orión ciego* de Claude Simon, *La modificación* de Michel Butor o aún *El amante* de Marguerite Duras? Con el tiempo y la distancia que nos da el tiempo, podemos decir: ninguna. O para no ser tan tajante: casi ninguna. El único factor en común es una misma concepción de la novela como género experimental. El *Nouveau roman* fue una etiqueta, como fueron etiquetas el romanticismo, el realismo, el clasicismo, el barroco, la modernidad, la posmodernidad, destinadas, no a nombrar e identificar, sino a nombrar y envejecer.

*Infancia* marca aparentemente una ruptura en relación al resto de la obra, que no hace más que desplegar la intuición de los tropismos en todas las direcciones posibles. Por primera vez, Nathalie Sarraute se propone escribir una autobiografía. Es verdad que los tiempos han cambiado. A la era de la sospecha, sucedió la era del vacío, con el retorno triunfal del personaje, de la trama y de la novela con tramas y personajes. El sujeto ya no es objeto de recelo sino de consumo y exhibición.

Nathalie Sarraute fue sensible a este cambio y se permitió escribir una autobiografía, género sospechoso por excelencia.

Pero no sin cierta desconfianza.

En esta autobiografía, los datos esenciales y fundamentales son deliberadamente omitidos. Nathalie Sarraute nunca nos dice cuándo nació. Ni dónde. No nos explica que vivió en Rusia y que luego se mudó a París. No se explaya sobre el divorcio de sus padres. No nos cuenta cómo su madre conoció a Kolia, su padrastro; ni cómo su padre conoció a Vera, su madrastra.

Se trata de una autobiografía lateral, fragmentaria, escrita con una colaboración estrecha de la palabra y el silencio, donde lo que está dicho es tan importante como lo que no se dice, ahí donde proliferan los tropismos, organizados en torno a una pregunta: ¿qué es la infancia?

Podríamos responder con Joyce: la infancia es un conjunto de epifanías.

Pero sería más atinado decir con Nathalie Sarraute: la infancia es un conjunto de frases –por momentos, significativas, pero muchas veces, muy a menudo, insignificantes– que nos habitan. “No lo hagas”: “Sí, lo haré”: “Antes de ponerse a escribir una novela, hay que conocer la ortografía.”

Aquí reside toda la dificultad de traducir a Nathalie Sarraute (como, por otro lado, a Céline): poder encontrar el tono exacto de estas frases, supuestamente coloquiales, pero arrancadas de la lengua coloquial. La traducción tiene que borrarse como traducción, dejando en su lugar un simulacro que en nada se distinga del original.

# Infancia



## Nathalie Sarraute

“Nein, das tust du nicht”... “No, no hagas eso”... aquí están, otra vez, estas palabras, reanimadas, tan vivaces, tan poderosas como en aquel momento, hace tanto tiempo, en que penetraron en mí, insisten, pesan con toda sus fuerzas, con todo su enorme peso... y bajo esta presión, algo en mí, con la misma fuerza, incluso con más fuerza, se abre paso, se levanta, se eleva... las palabras que salen de mi boca lo cargan, lo hunden allí... “Doch, Ich werden es tun”, “Sí, lo voy a hacer”.

“Nein, das tust du nicht”, “No, no hagas eso...” estas palabras provienen de una forma que el tiempo casi ha borrado... no queda sino una presencia... la de una muchacha sentada cómodamente en un sillón, en el salón de un hotel donde mi padre pasa sus vacaciones, solo conmigo, en Suiza, en Interlaken o Beatenger, debía de tener unos cinco o seis años y la muchacha tenía que cuidarme y enseñarme alemán... No la distingo muy bien... pero veo de manera nítida el costurero sobre sus rodillas y encima un par de enormes tijeras de acero... y yo... no puedo verme, pero lo siento como si lo hiciera ahora... tomo bruscamente las tijeras y las aprieto muy fuerte... unas pesadas tijeras cerradas... Las levanto con la punta dirigida hacia el respaldo de un sofá tapizado con una deliciosa seda rameada, de un azul un poco ajado, satinado... y digo en alemán “Ich werde es zerreißen”.

–En alemán... ¿Cómo pudiste aprenderlo tan bien?



–Sí, me pregunto lo mismo... Pero desde entonces nunca más volví a pronunciar aquellas palabras... “Ich werde es zerreißen”... “Voy a desgarrarlo”... La palabra “zerreißen” profiere un sonido sibilante, feroz, dentro de un segundo algo va a pasar... voy a desgarrar, destrozar, destruir... será un agravio... un atentado... criminal... pero no sancionado como corresponde, sé que no habrá ningún castigo... tal vez una reprimenda ligera, un gesto de contrariedad de mi padre, un poco preocupado... ¿Qué hiciste, Tachok, qué te picó?... y la indignación de la muchacha... pero un temor aún me refrena, más fuerte que el de sanciones improbables, impensables por lo que va a pasar en breves instantes... lo irreversible... lo imposible... lo que nunca se hace, lo que no se puede hacer, lo que nadie se permite hacer...

“Ich werde es zerreißen” “Voy a desgarrarlo”... ya lo saben, voy a dar el paso, saltar fuera de este mundo decente, habitado, tibio y suave... voy a arrancarme de él, caer, descender en lo inhabitado, en el vacío...

“Voy a desgarrarlo”... es necesario que lo sepan para darles tiempo de impedírmelo, de detenerme... “Voy a desgarrar eso”... Se lo voy a decir a ella en voz alta... Tal vez va a encogerse de hombros, bajar la cabeza, fijar en la labor una mirada atenta... ¿Quién se toma en serio estas rabetas, estas bromas pesadas de niño?... Y mis palabras van a revolotear, disolverse... el brazo va a aflojarse, va a caer... voy a poner las tijeras donde estaban, en el costurero...

Pero ella levanta la cabeza, me mira fijamente y me dice acentuando intensamente cada sílaba: “Nein, das tust du nicht”, “No, no hagas eso”... Ejerciendo una suave, firme, insistente, inexorable presión, la que más tarde advertí en las palabras, en el tono de los hipnotizadores y domadores...

“No, no hagas eso”... en estas palabras fluye una oleada espesa y densa, lo que arrastran se hunde en mí para aplastar lo que en mí se agita y quiere erguirse... y bajo esta presión, eso vuelve a erguirse más fuerte, más elevado, puja, expulsa con violencia fuera de mí las palabras... “Sí, lo voy a hacer”.

“No, no hagas eso” las palabras me envuelven, me estrujan, me atan... yo resisto... “Sí, lo voy a hacer”... Ya está, me libero, la excitación, la exaltación me hacen estirar el brazo, hundo la punta de la tijera con todas mis fuerzas, la seda cede, se desgarrar, hago un corte de arriba hacia abajo y miro lo que sale... algo blando, grisáceo se escapa por el tajo.

\*\*\*

–Tomá, mamá, por favor, tragá esto... Mamá, que no tiene sus anteojos, sólo los usa para leer, inclina la cabeza muy bajo para ver qué hay en la cuchara que le muestro... Es polvo que junté para vos, no está sucio, no tengas miedo, tragalo... Ya lo hiciste otra vez.

–¿Pero qué me decís? Estás loca...

–No. Me dijiste que fue así como crecí en tu vientre... porque habías tragado polvo... Tomá un poco de este, ¿sí?, hacelo por mí, tengo tantas ganas de una hermana o un hermano...

Mamá parece molesta. –No sé lo que te dije...

–Vos me dijiste eso. Y dijiste también, te oí... dijiste que estarías contenta si tuvieras otro hijo... Entonces, hacelo, mamá, tomá, tragá...

Mamá baja mi mano... –Pero no es este polvo...

–Entonces, decime, ¿qué polvo?

–Oh, no sé...

–Sí, decime...

–Es un polvo como el que hay sobre las flores...

–Sobre las flores, ¿qué flores?

–No me acuerdo.

–Hacé un esfuerzo... intentá acordarte.

–Ay, mirá, basta de atormentarme con tus preguntas. En vez de estar pegada a mí sin hacer nada, sería mejor que fueras a jugar, como los otros chicos... Ya no sabés qué inventar, ¿no ves que estoy ocupada?

\*\*\*

Otro nombre que curiosamente subsiste: la rue Boissonade. Fue ahí, en un salón luminoso de la planta baja, adonde vine, no sé muy bien cómo, para volver a reunirme con papá... Está sentado, siempre delgado y derecho, en un canapé, yo estoy sentada a su lado... Por una puerta que se abre en la pared, ante nosotros, entra una muchacha... ya la vi, no es la de Moscú que decoraba el árbol de Navidad conmigo, sino otra, con cabellos castaños, que sólo vi aquí con papá... hace su entrada disfrazada de muchacho... lleva un traje y también un sombrero melón de papá, que le disimula el rodeo... pero unos ricitos le caen sobre las mejillas, sobre la nuca... Los ojos de un azul muy claro son casi transparentes... la miramos, sorprendidos, reímos, qué graciosa, vestida así, qué bien le queda... se me acerca, se inclina ante mí como se hace en los bailes ante las damas, me toma de la mano, me levanto, me sujeta por la cintura y gira conmigo canturreando tonadas encantadoras alegres pegadizas va cada vez más rápido me levanta ya no toco el suelo tengo vértigo la exaltación me hace morir de risa... por último me lleva al sofá, me suelta, me abandona, se abandona al lado de papá y al lado mío, su pecho se agita, sus mejillas redondas como la de los niños están rosadas, echa la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá y se apantalla con su pañuelo, todavía jadeando un poco, sonriendo... Cómo me gustaría que comenzara otra vez.

\*\*\*

Deshacen el envoltorio de papel madera de una gran caja de cartón, sacan la tapa, los papeles de seda, y dejan ver acostada, con los ojos cerrados, una enorme muñeca... tiene rizos castaños, párpados bordeados por pesta-

ñas largas y espesas... Es ella, la reconozco, la que había visto en París en una gran vidriera iluminada... ¡la había mirado tanto!... Estaba sentada en un sillón y a sus pies había un cartel donde estaba escrito “Sé hablar”... La sacan con precaución... cuando la levantan, los ojos se abren... cuando gira la cabeza hacia un lado y hacia el otro, produce un ruido... “¿Oís? Habla, dice papá mamá... –Sí, parece que dice eso... pero ¿qué otra cosa sabe decir? –Es demasiado chiquita, ya es bastante con que sepa decir eso... No tengas miedo, alzála”.

La alzo con precaución y la acomodo en el sofá para verla mejor... No hay duda, es muy hermosa... tiene un vestido de tul blanco, un cinturón de satén azul, zapatos de charol y medias azules y un gran moño azul en el pelo... “¿Se la puede desvestir? –Desde luego... e incluso se le pueden confeccionar otros vestidos... así vas a poder cambiarla, vas a vestirla como más te guste... –Sí, claro que estoy contenta... le estampo un beso a papá... –Entonces, ¿era ésta la que querías? –Sí, era ésta...” Nos dejan a las dos para que nos conozcamos mejor. Permanezco a su lado, la acuesto, la levanto, le hago girar la cabeza y decir papá mamá. Pero no me siento muy a gusto con ella. Y con el tiempo esto no se arregla. Nunca tengo ganas de jugar con esta muñeca... Es demasiado dura, tiene la piel demasiado lisa, siempre hace los mismos movimientos... no se la puede mover más que levantando y bajando de la misma manera las piernas y los brazos ligeramente replegados, articulados al cuerpo rígido. Prefiero las viejas muñecas de trapo que tengo desde hace mucho tiempo, no me gustan demasiado, pero se puede hacer lo que se quiere con sus cuerpos un poco fofos, desarticulados, apretarlos, toquetearlos, volarlos...

Sólo con él tengo cierta proximidad, con Mijka, mi oso de peluche, sedoso, tibio, suave, blando, impregnado de tierna familiaridad. Siempre duerme conmigo, con la cabeza de pelaje dorado, con las orejas erguidas, está al lado mío, sobre la almohada, su gran nariz redonda con la punta negra como los ojitos brillantes emerge de las sábanas... no podría dormirme si no lo sintiera aquí, cerca de mí, nunca salgo sin él, siempre me acompaña en mis viajes.



\*\*\*

Puedo correr, saltar, dar vueltas, me sobra tiempo... El muro del bulevar Port-Royal que contorneamos es muy largo ... Sólo al llegar a la calle transversal tendré que detenerme y dar la mano para cruzar... Me adelanto a la criada para tener tiempo de llenar los pulmones, lo que me evitará respirar el olor atroz... me dan náuseas enseguida... que exhalan sus cabellos empapados en vinagre. De esta manera, podré darle la mano como si nada ocurriera, sin correr el riesgo de que se lo tome a mal... Tal vez ni siquiera se lo tome a mal... es muy buena y muy sencilla, sabe que no es culpa mía si no soporto el olor a vinagre, pero tampoco es culpa suya si las salidas al aire libre le producen jaquecas, que sólo puede evitar con el vinagre... Quedamos en que podría mantenerme alejada de ella, salvo, desde luego, para cruzar la calle...

Ya se acerca una masa informe, con la cabeza cubierta por un pañuelo grisáceo... me alcanza, me tiende la mano... tomo la mano... tengo los pulmones llenos de aire, no necesito aspirar... sólo respiro al poner el pie en la vereda de enfrente... ahí sin más tardar me suelto y me echo a correr... Si por desgracia no tengo bastante aire como para aguantar cuando estamos cruzando la calle, ni pensar en taparme la nariz con los dedos... aunque ella me lo permitiera... no puedo hacerlo... a lo sumo puedo aspirar minúsculas bocanadas, girando la cabeza, pero sin girarla demasiado, esto podría hacerle adivinar el asco que me produce... no ella, ni lo que es ella, ni lo que tiene ella, sino solamente lo que aparece a veces bajo el pañuelo entreabierto, la piel lustrosa y amarillenta de su cráneo entre los mechones de cabello empapados.

\*\*\*

Mamá me apura, me reta suavemente... “No te hagas rogar así, no seas mala, no está bien, andá a buscarlo, mostráselo”. Ese buen señor sentado a contraluz, de espaldas a la ventana, su silencio atento, su expectativa también me pesan, me empujan... pero sé que no tengo que hacerlo, que no hay que hacerlo, que no tengo que ceder, intento resistir como puedo... “Pero no es nada, es sólo para divertirme... no es nada... -No

seas tan tímida... Usted sabe lo que escribe: una novela-río”... El señor...

-¿Quién era? me pregunto ahora.

-Imposible recordarlo. Tal vez fuera Korolenko, a juzgar por la estima, por el afecto que le tenía mamá... ella publicaba en su revista, lo veía seguido, con Kolia lo mencionaban a menudo... Su nombre no tiene ninguna importancia.

Esta estima, este cariño volvieron aún más intenso, más irresistible el impacto de las palabras que pronunció, como si le hablara a una persona mayor: “Pero qué interesante. Tenés que mostrármelo...” Entonces... ¿a quién no le ocurrió? Nadie ignora la sensación que tenemos a veces, cuando sabiendo lo que va a suceder, lo que nos espera, temiéndolo... nos metemos en la boca del lobo a pesar de todo...

-Hasta se diría que uno lo desea, que es eso lo que uno busca...

-Claro, eso ejerce una atracción... una extraña atracción...

Volví a mi cuarto, saqué del cajón de la mesa un cuaderno espeso, cubierto de hule negro, lo traje y se lo di al señor...

-Al “tío” tendrías que decir, porque en Rusia los niños llaman así a los hombres adultos...

-Bueno, el “tío” abre el cuaderno en la primera página... las letras con tinta roja están trazadas de manera muy torpe, las líneas ascienden y descienden... Las recorre rápidamente, hojea un poco más lejos, se detiene de tanto en tanto... parece sorprendido... parece contrariado... Cierra el cuaderno, me lo devuelve y me dice: “Antes de ponerse a escribir una *novela*, hay que conocer la ortografía”.